

El hombre es la larga sombra que el niño proyectará en el tiempo

Jorge Luis Borges

Los niños y el conflicto armado

Se ha afirmado con razón, que desafortunadamente en la guerra los grandes perdedores siempre son los niños. Prueba fehaciente de ello, entre muchas, es el desgraciado incidente en el que perdieron la vida seis niños antioqueños del municipio de Pueblorrico.

El doctor Jorge Eduardo Loaiza Correa, presidente de la Sociedad Colombiana de Pediatría, durante su participación en las audiencias públicas con las FARC en el Caguán, reveló cifras dramáticas suministradas por el DANE sobre el desolador panorama de la infancia en nuestro país, en el que los menores de edad constituyen el 41% de la población:

- El 17,5% vive en la miseria absoluta
- El 14,9% trabaja en condiciones de riesgo
- Treinta mil son niños de la calle
- Trescientos mil son desplazados
- Seis mil están involucrados en la guerra en uno cualquiera de los bandos en conflicto

Somos plenamente conscientes de que el niño es ante todo un presente con futuro y que el más alto porcentaje del desarrollo físico y cerebral humano ocurre durante los primeros años de la vida. De lo anterior se infiere que la única oportunidad de desarrollo debe protegerse hasta donde sea humanamente posible contra las agresiones, errores y deficiente gestión del mundo adulto.

Es urgente e impostergable que la sociedad entera se pronuncie a una sola voz contra los atropellos infligidos a los niños y a la sociedad civil en la demencial confrontación que padecemos. Recordemos con Urie Brofenbrenner, que: "El valor de una sociedad debe juzgarse por el interés de una generación en la siguiente".

El juego y su importancia en el desarrollo del niño

Fernando Peñaranda C.

Médico salubrista

Magíster en desarrollo educativo y social Docente del CINDE

Profesor de la Universidad de Antioquia

El juego en los niños como “algo serio” ha sido reconocido desde hace más de 400 años cuando Montaigne así lo calificó. El juego infantil no es equivalente al del adulto dado que los primeros años constituyen la época más importante para la formación y constitución del ser. El adulto pasa a otras realidades mientras que el niño avanza hacia nuevas etapas de dominio. Es éste un período de rápidas transformaciones y exigencias del ambiente, siendo el juego un medio clave para hacer la transición hacia la vida adulta.

El juego caracteriza al niño, es su actividad natural y tiene su apogeo en el período que va de los dos a los siete años, cuando tienen primacía los juegos simbólicos. Por medio del juego el niño desarrolla su capacidad intelectual y puede hacerle frente a situaciones penosas que de otra forma le serían imposibles de afrontar. Pero, fundamentalmente, constituye una fuente de placer y de disfrutar la vida.

Bruner describe el juego como una actividad que no tiene una razón fuera de sí y se hace para “uno mismo”. Se desvinculan los medios de los fines, esto es, no hay mucha preocupación por los resultados. Wallson va más allá al advertir que las características y la atracción del juego se pierden cuando se subordinan a un fin específico.

Para Piaget el juego se caracteriza por el *autotelismo* —fin en sí mismo—, la espontaneidad, el placer, la carencia relativa de organización, la liberación de conflictos y la sobremotivación. Es una forma de utilizar la mente en la cual se combinan pensamientos, fantasías y lenguaje.

Otra condición valiosa del juego para el desarrollo del niño es que provee un ambiente seguro de exploración, dado que hay una alta tolerancia al error y no hay consecuencias frustradas ante la derrota. La posibilidad de repetición hasta lograr la satisfacción provee las bases de la persistencia. Como lo plantea Bruner, se crean escenarios en los que lo imposible se hace realizable.

El desarrollo del pensamiento y del lenguaje

Para presentar la relación existente entre el juego y el desarrollo del pensamiento se hará referencia a las tres etapas propuestas por Piaget: el juego de práctica o de ejercicio, los juegos simbólicos y los juegos de reglas.

El **juego de práctica o de ejercicio** se lleva a cabo durante los dos primeros años de vida. Consiste en actividades repetitivas correspondientes al período sensoriomotor dirigidas al dominio de habilidades motrices. Una vez que el niño

logra controlar una conducta determinada la repite por el placer que le produce su capacidad de “funcionar”, desplazándose así, la meta de la acción hacia la acción misma.

El niño se dedica a los **juegos simbólicos** alrededor de los dos años, logrando su punto de actividad más alto en estos juegos a los cuatro, para ir perdiendo preponderancia paulatinamente hasta los siete años, cuando ya dejan de cumplir su función adaptativa. Al finalizar el segundo año de vida empiezan a surgir los **juegos de simulación**, en los cuales un objeto se transforma en un símbolo. El niño utiliza símbolos en lugar de objeto real y al hacerlo trasciende la actividad externa del período sensoriomotor para operar con el pensamiento *internalizado*.

Vigotsky hace un valioso aporte al advertir que la inteligencia no es independiente del lenguaje. En el juego el niño sustituye el predominio del objeto y la acción por el significado. Así, cuando el niño juega al caballito utiliza el palo a manera de pivote para separar el concepto caballo del objeto real. Logra entonces, manejar las palabras como propiedades de una cosa y, de esta manera, el niño mediante el juego va construyendo la definición funcional de los conceptos, con lo cual va desarrollando el pensamiento abstracto y la capacidad de llevar a cabo elecciones conscientes.

Bruner, por su parte, reconoce el aprendizaje del lenguaje una parte innata y otra adquirida por medio del ensayo y la experiencia; esta última se da más productivamente en un ambiente *lúdico*. Por esto sugiere no insistir en las correcciones inicialmente, dejando que el niño juegue con las palabras de manera flexible y creativa.

Reyes-Navia reitera la necesidad de entender el juego como un medio para lograr la transición entre el mundo concreto —experimentando directamente— y el mundo del pensamiento. Así, el pensamiento del niño se va flexibilizando, siendo para esto la creatividad una herramienta básica. Utilizando la creatividad y su pensamiento concibe distintos usos para un objeto, y asume diferentes papeles y formas de hablar.

Los juegos con reglas se dan con mayor intensidad en el período comprendido entre los siete y los once años. Ésta es la actividad *lúdica* que caracterizará al adulto socializado, que supone obligación y competencia, con base en la aceptación de consensos. Después de los once años hay una disminución de la intensidad del juego en general; sólo los juegos con reglas escapan a esta involución.

El desarrollo emocional

Diferentes pensadores han hecho valiosos aportes en relación con el papel del juego en el desarrollo emocional. A continuación se presentaran algunos de los más importantes.

El juego como experiencia de seguridad

Winnicott explicó la transición que sufre el niño al pasar de la dependencia absoluta a la dependencia relativa y posteriormente a la autonomía: la dedicación incondicional de la madre en los primeros meses facilita en el niño la construcción del sentimiento de confianza. El momento de dependencia relativa se apoya en este sentimiento de confianza con la aparición de los fenómenos que denominó transicionales, entre los cuales se encuentra el juego. El juego en este caso hace las veces de un sustituto de la madre, llenando el espacio que deja su separación temporal con la confianza que tiene el niño en ésta y la fe en su regreso.

Ajuste a las exigencias de la vida

Mediante las fantasías, el niño puede manejar múltiples problemas y emociones que las exigencias de la vida le hacen y para las cuales no se encuentra preparado. Son muchas las situaciones complicadas y difíciles para los niños que no son percibidas por los adultos.

En su fantasía construye un mundo en el cual puede esconderse cuando afronta mucha tensión; pero no se refugia del todo ya que va separando su vida interior del exterior al ir estableciendo límites a ésta en la medida que se ve confrontado por la realidad. Por medio de juegos que no necesitan ajustarse a la realidad en todos los detalles, una experiencia compleja es divisible en segmentos manejables. Como lo afirma Bettelheim, así logra aumentar su capacidad de afrontar la realidad y de poner orden en su mundo interior, resolviendo y dominando dificultades psicológicas del pasado y del presente.

El juego simbólico va transformándose a medida que el niño va fortaleciendo sus capacidades para responder a las exigencias que recibe del medio. Durante el tercer año, el juego de fantasías es más intenso y su visión de la realidad es más distorsionada dado que las demandas del medio rebasan sus posibilidades de ajuste. Como lo dice Pulaski, su vida diaria se encuentra polarizada entre esfuerzos por adaptarse a la realidad y así complacer a sus padres y sus esfuerzos para escapar de estas exigencias y satisfacer las necesidades de su naciente yo.

A medida que madura, las presiones de los padres disminuyen y necesita refugiarse menos en el mundo de las fantasías, haciéndose más realistas sus historias. Hacia los cuatro o cinco años las fantasías empezarán a tener más coherencia y por esto busca que sus juguetes se parezcan a la realidad —juegos que semejan la realidad en miniatura—. Gradualmente irá *interiorizando* sus fantasías que serán fundamentales para el desarrollo de la inteligencia y la creatividad. En relación con esto, Jerome Singer plantea que la capacidad para fantasear ayuda a los niños a indagar diferentes posibilidades, a tolerar el aburrimiento, a controlar impulsos agresivos y a aumentar la habilidad para narrar cuentos.

La realización de deseos

Los niños no juegan “por matar el rato”; lo hacen siguiendo manifestaciones internas, deseos, problemas y ansiedades. El juego es el camino hacia su mundo consciente e inconsciente. Por intermedio del juego pueden expresar sentimientos que de otra manera les costaría mucho hacerlo. Los deseos que en otros ámbitos serían inexpresables pueden proyectarse en el juego. El juego permite al niño dramatizar el pasado, reviviendo, corrigiendo y recreando las experiencias en un ambiente de espontaneidad y repetición. Por esta razón, en el análisis de los deseos que se vislumbran en los juegos es muy importante darse cuenta de los motivos que se ocultan tras ellos —su simbolismo—, tales como sus contenidos, el modo de jugar, los medios que utiliza y las razones que esgrime para el cambio de juegos.

La socialización y la construcción de la identidad

Con los juegos de *roles* el niño se prepara para el futuro anticipándolo por medio de temas repetidos, pero con sus respectivas variaciones. Aprende así los valores, reglas, convenciones y, en general, la cultura. De otro lado, la voluntad y hábitos como la perseverancia se adquieren más fácilmente en el juego que mediante esfuerzos más complejos como los requeridos para los trabajos escolares.

Tomando en consideración lo presentado hasta el momento, es evidente la importancia del juego para la construcción de la identidad. Se requiere el espacio y el tiempo para que los niños sean ellos mismos, para que se descubran en largos períodos de ocio y fantasía, para que puedan pensar por cuenta propia desarrollando su creatividad. Son los momentos en los cuales se dan cimientos para la formación de la vida interior y de la autenticidad.

¿Qué pueden hacer los puericultores, en especial los padres?

Los puericultores deben conocer y comprender las características del juego y su importancia capital en la construcción de las metas de desarrollo —autoestima, autonomía, creatividad, felicidad, solidaridad, y salud— para poder interactuar más productivamente con los niños. Tal como se analizó, el juego tiene su momento estelar entre los dos y los siete años, época en que el niño está dispuesto para ello. Después de este período, los estímulos y apoyo no tendrán el mismo efecto. A esto se le conoce como la *ley de involución del juego*.

Siempre debe haber un adulto cerca que les asegure a los niños un ambiente de juego estable, esto es, que le provea seguridad e información. Un ambiente de juego seguro permite que los niños cometan errores, que reanuden una y otra vez, que organicen su juego como ellos quieran y que se encuentren libres de peligros. Lo anterior no quiere decir que deba haber intromisión en sus juegos; se pueden dar algunas instrucciones generales, pero es su juego y lo deben hacer a su manera y a su ritmo, sin imponerles los modelos de los adultos. Esto hay que tenerlo en consideración cuando se le dan a los niños juegos educativos: se debe dejar que aprendan lo que quieran y de la forma que quieran.

Si se comprende que las fantasías son manifestaciones de sentimientos muy personales, se podrá aceptar que tendrán elementos que no se pueden entender, por lo cual se requiere respeto y estímulo sin intromisión.

Hay veces que los niños quieren jugar con sus padres y esta necesidad no la reemplazan con otros niños. La posibilidad de participar en sus juegos y de compartir experiencias de la infancia, evocadas en esta interacción, fortalece los vínculos entre padres e hijos de manera inolvidable para ambos.

Los puericultores deben darle importancia auténtica a los juegos de los niños. En este sentido, se deben respetar sus momentos de juego, pues son tan importantes como cualquiera de las actividades de los adultos. En el mismo orden de ideas, se debe recordar que se premia el esfuerzo y no solamente el éxito y no someter sus juegos a las metas de los adultos. Los niños pequeños no tienen un yo estructurado y su imagen se relaciona con lo que hacen, por lo cual pueden sentirse menospreciados fácilmente. Pero el premio y el halago deben ser auténticos, pues de lo contrario se percibirán como incapaces.

Es necesario que se reconozca la importancia del juego libre, por lo cual no es conveniente llenar de actividades a los niños. Ésta es una necesidad básica para ellos y en ningún momento se puede ver cómo tiempo malgastado. Como dice Bettelheim, cuantas más oportunidades tenga un niño de disfrutar de la riqueza y de la fantasía despreocupada del juego, más sólido será su desarrollo.

Finalmente, no se debe olvidar la recomendación de Piaget: “si bien la capacidad de fantasear o simular es inherente a todos los seres humanos... el grado en que es utilizada por los niños depende en gran medida de que los padres y otros adultos la hayan fomentado”.

Lecturas recomendadas

Bettelheim B. *No hay padres perfectos: el arte de educar a los hijos sin angustias ni complejos*. México, Grijalbo, 1997.

Nimnicht G, Arango M. *Juegue con su niño y contribuya al sano desarrollo de sus capacidades intelectuales*. Medellín, CINDE, 1991.

Pulaski M. *El desarrollo de la mente infantil según Piaget: guía para padres*. Barcelona, Paidós, 1981.

Ramírez H. El juego. En: Posada Á, Gómez JF; Ramírez H. *El niño sano*. 2ª ed., Medellín, U. de A., 1998, pp 425-442.

Reyes-Navia R. *El juego: procesos de desarrollo y socialización, contribución de la psicología*. Santafé de Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio, 1996.